

Rebecca West

La noche interrumpida



Con la marcha de Piers, un marido tan soñador como irresponsable, y la venta de algunos cuadros valiosos, Clare Aubrey parece tomar por fin las riendas de su familia. Rose y Mary siguen formándose como pianistas, mientras Cordelia se ve forzada a trabajar como asistente de un marchante de arte y a renunciar para siempre a sus aspiraciones artísticas, y Richard Quin, el hermano menor, contempla la posibilidad de estudiar en Oxford.

La noche interrumpida continúa la trilogía de la inolvidable familia Aubrey en los albores del siglo XX, cuando la mayoría de edad de las chicas, con su aceptación gradual del amor y la pérdida, se torna aún más conmovedora a medida que se suceden los acontecimientos que desembocarán en la Primera Guerra Mundial y sus dramáticas consecuencias.

Merecedora del elogio unánime generación tras generación, Rebecca West es «una de las gigantes de la literatura inglesa. Nadie en este siglo ha usado una prosa más deslumbrante, ha tenido más espíritu o ha observado las toruosidades del carácter humano y los aspectos del mundo de un modo más inteligente», *The New Yorker*.

Índice de contenido

Cubierta

La noche interrumpida

Conmemoración

Primera parte

I

II

III

IV

V

Segunda parte

VI

VII

VIII

IX

Sobre la autora

Notas

Primera parte

I

El día era tan agradable que me hizo fantasear con la posibilidad de vivir lentamente, igual que se puede tocar un instrumento con lentitud. Fue hace unos cincuenta años, en un barrio de las afueras de Londres, una calurosa tarde de finales de mayo. Yo estaba con mis dos hermanas — Cordelia y mi gemela Mary— y nuestra prima Rosamund, sentada en el cuarto de estar de nuestra casa de Lovegrove. Hacía un calor de pleno verano y la luz se reflejaba en unas tiras color miel en el suelo, el aire que había sobre ellas titilaba repleto de motas de polvo y las abejas zumbaban alrededor de una rama violeta de viburno que había en un florero sobre la repisa de la chimenea. Las cuatro estábamos sumidas en una sensación de tranquilidad que nunca habíamos experimentado antes y que nunca volveríamos a experimentar después, porque al final de aquel trimestre iba a acabar nuestro paso por el colegio y ya habíamos hecho todos los exámenes que habilitaban nuestra entrada al mundo de los adultos. Nos sentíamos tan felices como unas prisioneras que acaban de huir de la cárcel, y es que todas habíamos odiado la infancia. En aquella época existía una creencia que ha ido creciendo con el paso del tiempo desde entonces: la de que los niños no pertenecen a la misma raza que los adultos y tienen distintos tipos de percepción e inteligencia que les permiten llevar una vida aislada y satisfactoria, una creencia que me parecía entonces —y me sigue pareciendo ahora— un absurdo total. Un niño no es más que un adulto sometido temporalmente a unas condiciones que inhabilitan su felicidad. En la infancia se actúa bajo unas circunstancias tan incapacitantes desde el punto de vista físico y mental que son comparables a las de al-

guien que ha sufrido un terrible accidente o enfermedad; pero mientras que se tiene piedad de los mutilados y los incapacitados porque no pueden caminar, han de ser transportados por otras personas y no son capaces de comunicar sus necesidades ni pensar con claridad, nadie siente piedad por los bebés, a pesar de que no paran de llorar a causa de la frustración y el orgullo herido. Es cierto que cada año que pasa mejora su situación y les otorga un poco más de autonomía, pero todo eso no conduce más que a una trampa. En la infancia nos vemos obligados a vivir en desventaja en el mundo de los adultos como miembros de una raza sometida que encima ha de admitir que existen motivos para su sometimiento. Nadie puede negar que los adultos saben más que los niños, pero eso no se debe a ningún tipo de superioridad, sino a que conocen mejor las mentiras de este mundo por la sencilla razón de que han vivido un poco más en él. Es como si se enviara al desierto a un grupo de personas, a unos se les dieran brújulas y a otros no, y aquellos que tuvieran brújulas trataran a los que no las tienen como si fueran inferiores y se burlaran de ellos y los regañaran sin considerar la injusticia de su condición, preocupándose al mismo tiempo amablemente por su seguridad. Sigo creyendo que la infancia es un periodo de tremendo desequilibrio, y que aquellas cuatro muchachas no éramos nada tontas al sentirnos aliviadas por haber llegado al límite del desierto.

Sentadas en aquel iluminado cuarto de estar, más que muchachas parecíamos flores. Las maestras aún nos mandaban tareas, pero todos nuestros libros estaban cerrados sobre la mesa. Ya los miraríamos cuando nos vistieran el lunes por la mañana, así evitábamos el disgusto. Yo estaba tumbada boca arriba en un sillón con los pies apoyados en otra silla porque no me cansaba de mirar el estrecho tubo de mi larga falda nueva. Mary se había soltado el pelo por primera vez aquella tarde; durante los últimos meses había llevado, como yo, lo que en aquella época se llamaba *cadogan*,

una trenza doble fija en la nuca con un lazo de moaré, pero ya habíamos empezado a atrevernos con moños de verdaderas adultas, mucho más difíciles de hacer. Por esa razón, Mary estaba sentada con el regazo lleno de horquillas, un peine en una mano y un espejo en la otra, y a cada rato sacudía la cabeza e inclinaba su alargado cuello blanco sobre el reflejo para comprobar que su pelo negro estuviera bien puesto. A veces se ve a los cisnes sacudiendo la cabeza de una manera parecida y deslizándose a continuación sobre su propio reflejo en las aguas tranquilas. Rosamund bordaba una combinación para la tienda de Bond Street que les compraba a su madre y a ella la ropa interior que cosían, pero incluso ella, que lo hacía siempre todo despacio, hasta tartamudear, parecía tomarse su tiempo. De cuando en cuando apartaba la aguja, apoyaba el brazo sobre la mesita de té, que no habíamos recogido por pereza, y cogía un terrón de azúcar. Mientras lo mordía se recostaba hacia atrás, elegía uno de los rizos dorados que le caían sobre los hombros y lo retorció con el dedo índice, tal vez para reforzar la espiral, tal vez sólo para admirarlo. Cordelia remendaba sus medias inclinando su cabello de un pelirrojo dorado con el mismo aire pío y generoso que imprimía a todo lo que hacía: cualquier persona ajena habría pensado que aquellas medias eran de otra persona. Aunque tampoco era tan mala como parecía. Si le hubiesen preguntado, habría reconocido que las medias eran suyas. Era una embaucadora, pero esa cualidad resultaba en ella más física que mental. Hiciera lo que hiciese, su cuerpo parecía llamar la atención sobre la enorme trascendencia de su gesto.

Ese día teníamos un aspecto tan insípido que casi resultaba desagradable. Rosamund y Mary eran muy hermosas, hasta un punto sin discusión, como las mujeres de Tennyson, con unos ojos más grandes y brillantes de lo normal, y de colores violentos. El pelo de Rosamund era del rubio más exuberante, la piel de Mary, muy pálida, y Cordelia, con aquellos pequeños rizos de un pelirrojo dorado y aque-

La piel de un brillo parecido al de una lámpara rosada, era todo lo bonita que se puede ser. Yo misma tampoco estaba mal. No era tan guapa como las demás, pero el comportamiento de los desconocidos me informaba constantemente de que era al menos lo bastante atractiva. Si iba al banco para cobrar un cheque, los empleados parecían desear que el esfuerzo de entregarme el dinero resultara más costoso de lo que aparentaba, para darme a entender su buena predisposición hacia mí. Deseábamos crecer y convertirnos en algo que no fuera una mujer. Era cierto que el desarrollo de nuestras figuras nos hacía tener un aspecto parecido al de las mejores estatuas, pero eso no nos hacía ningún bien, porque no existía lugar en el mundo en el que pudiéramos ir desnudas o con tan sólo una liviana túnica griega, lo único que implicaba eran unas blusas y unos corpiños mucho más difíciles de llevar. En cuanto al resto de las consecuencias de nuestro sexo, la palabra que utilizábamos con más frecuencia era *fatuidad*. Todas nos sentíamos furiosas menos Rosamund, que habría aceptado cualquier hecho físico. Nuestra buena salud impedía que los futuros hijos fueran para nosotras poco más que una molestia, pero era una fatuidad, sí que lo era, que tuviéramos que sufrir la molestia de tenerlos con el paso de los años, algo que nos parecía altamente improbable. Teníamos la sombría convicción de que sabíamos lo que significaba el matrimonio. Mi padre nos había abandonado hacía poco; no es que hubiera fallecido, sino que se había marchado, y no por crueldad, de eso estábamos seguras, sino porque no nos hacía ningún bien con su presencia. Era apostador, y mi madre había tenido que luchar sin descanso, como un soldado de infantería en las batallas que se libraban en aquella época, para que nunca dejara de haber un techo sobre nuestras cabezas y algo de comida en nuestros platos. El padre de Rosamund era un excéntrico perverso, un exitoso hombre de negocios incapaz de gastar dinero en nada que no fuera investigación de médiums y espiritistas, por lo que Constan-

ce, su mujer y prima de nuestra madre, había tenido que venir a refugiarse a casa. Nos dábamos cuenta de que nuestra experiencia no era nada habitual y de que sin duda había personas que tenían padres en los que se podía confiar. Con frecuencia, las casas de nuestras compañeras de escuela nos asombraban y encantaban por aquel aire de estabilidad que claramente no provenía sólo de sus madres, sino también de unos hombres amables y sensibles que aparecían cuando terminábamos el té. Nos quedaba la duda de si aquellos padres eran buenos sólo por defecto. Nuestro padre apostaba, el padre de Rosamund perdía tiempo y dinero en cuartos oscuros abordando a unos muertos que no estaban allí, a ambos les desagradaba este mundo y se inclinaban hacia ese otro en cuya existencia se nos enseña a creer mediante pistas endebles de las que tenemos constancia sólo por accidente o a través de lo sobrenatural, pero al mismo tiempo ambos eran tremendamente mundanos: mi padre era un genio entre los escritores y el primo Jock era un músico muy respetable. Parecía plausible que aquellos otros hombres fueran buenos padres sólo porque no sabían lo bastante del mundo como para enloquecer en su contra. Hay que añadir también que, aunque despreciábamos al padre de Rosamund, amábamos profundamente al nuestro y sabíamos que, a pesar de su miseria, mamá había atesorado una triste alegría muy superior a la que suele tener la gente. No obstante, todo aquello no hacía sino reforzar nuestra determinación de no casarnos. Mamá se había aventurado al matrimonio sin saber cuál iba a ser el precio. Si nosotras, que la habíamos visto pagarlo, nos condenábamos a una miseria semejante, por mucho que tuviéramos una recompensa parecida, demostraríamos una actitud suicida, y eso sería completamente opuesto a nuestro deseo de seguir viviendo, que era también la cualidad principal de nuestra madre.

Realmente veíamos el matrimonio como el descenso a una cripta en la que, bajo la luz humeante y trémula de las

antorchas, se celebraba un glorioso rito de naturaleza sacrificial. Tenía su belleza, por supuesto, también nos dábamos cuenta de eso, pero nosotras preferíamos quedarnos a la luz del sol y no veíamos ningún sentido en ofrecernos para tal sacrificio. Deseábamos seguir más bien aquella línea recta que salía de nuestros cuerpos en dirección al horizonte y que nos mantenía sobre la superficie en todo momento. Mary y yo nos sentíamos bien. Nos habíamos dicho durante toda nuestra infancia que lo estaríamos, y lo estábamos. Nos habían educado para ser concertistas de piano, como nuestra madre, a Mary acababan de darle una beca en el Prince Albert College de South Kensington y a mí otra en el Athenaeum de Marylebone Road. Rosamund también estaba bien. Después de las vacaciones empezaría unas prácticas en un hospital para niños de un barrio de las afueras del este de Londres, y deseaba tanto ser enfermera como nosotras intérpretes. Se sentaba y fantaseaba con guardias y ambulatorios y vendas y uniformes con una codicia tranquila y reflexiva mientras mordisqueaba su terrón de azúcar. No sabíamos exactamente cómo lo haría, pero sabíamos que a Cordelia acabaría yéndole bien. Desde muy pequeña había sentido el deseo de ser violinista, pero tocaba como una intérprete de café, y lo cierto es que no entendía nada de música. Hacía no mucho se le había revelado de manera bastante brutal que no tenía ningún talento, pero había encajado tan bien el golpe que parecía evidente que nada podía derrotarla. Mary y yo estábamos asombradas, nos habíamos pasado la vida sufriendo aquella edulcorada forma suya de tocar, y ahora veíamos que se comportaba con la misma entereza con la que debería haber tocado y que demostraba mucha más energía que ninguna de nosotras. Si había algo que valorábamos era la energía. El mundo estaba repleto de oportunidades y hacía falta energía para aprovecharlas, si una era capaz de aprovecharlas, siempre le iría bien, seguro que sí. Nuestras reacciones ante la vida eran tan naturales que cuando nos recuerdo en

aquella época me parece que éramos todo menos naturales. Debíamos de parecer cuatro robots recién pintados. De pronto sucedió algo muy agradable. Richard Quin, nuestro hermano pequeño, aún un colegial, vino corriendo desde el jardín y nos dijo que por fin habían salido los tulipanes que habíamos plantado y que iba a buscar a mamá para que los viera. Cordelia, que pensaba que nada que surgiera en nuestra familia podía prosperar, exclamó: «¿En serio han salido?», y Mary y yo respondimos con exaltación, como si tuviera que haber algo más que los tulipanes, ya que llevábamos muchos días observando aquellos brotes. Rosamund bajó con nosotras los escalones metálicos que daban al jardín un poco torpemente, porque era muy alta. Luego se unieron mamá y Richard Quin y nos encontramos junto al parterre circular que había en el prado mirando con profunda emoción aquellos veinticuatro tulipanes, doce rojos y doce amarillos, y los treinta y seis alhelíes que los rodeaban. Constituían la prueba de que se había roto un largo encantamiento. Por primera vez estábamos lo bastante seguras de que se hallaban a nuestro alcance las mismas cosas que para el resto de las personas. Siempre habíamos tenido un bonito jardín gracias a sus lilas y celindas y al castaño que estaba al fondo del prado. Todas aquellas cosas las había plantado un viejo propietario ya difunto como si hubiese organizado la escenografía de una obra de teatro, pero en los parterres nunca había habido muchas flores a excepción de unos viejos rosales y unos lirios que no pasaban de ser puro matorral. No había podido ser de otra forma cuando papá vivía en casa y perdía todo nuestro dinero en inversiones ruinosas. Las plantas y los bulbos eran muy baratos en aquella época, pero cuando él estaba con nosotras no nos podíamos permitir nada fuera de lo estrictamente necesario. En los peores momentos, mamá llegaba a gastar hasta el último chelín, y los buenos tiempos nunca duraban lo bastante como para que olvidáramos que vivíamos al borde del precipicio. Cuando conseguíamos ahorrar

un poco lo empleábamos en ir a conciertos, al teatro o a lugares parecidos, como los Kew Gardens o Hampton Court. Había, por tanto, una razón muy simple para explicar la ausencia de flores en nuestro jardín: no teníamos dinero para pagarlas. Pero igual que los pobres odian reconocer que son esclavos de su pobreza e inventan explicaciones místicas para justificar su falta de libertad, nosotras nos decíamos qué raro que era aquello de que no crecieran flores en nuestro jardín.

El otoño anterior papá nos había abandonado y mamá había vendido ciertos cuadros que siempre había sabido que eran valiosos pero había fingido que no lo eran para que cubrieran nuestros gastos en caso de emergencia, algo que, por supuesto, siempre había previsto que podría ocurrir. De pronto teníamos cubiertas, o relativamente cubiertas, nuestras necesidades económicas. Un día Cordelia, Mary, Richard Quin y yo fuimos a un vivero que quedaba en los límites de Lovegrove y pedimos unos plantones para que nos los llevaran en Año Nuevo, y compramos también bulbos de jacintos y tulipanes para plantarlos directamente. Mantuvimos toda aquella empresa en secreto para que no se enterara mamá, y lo cierto es que lo conseguimos a la perfección, porque los jacintos nunca llegaron a brotar. Aquello nos molestó muchísimo, porque le daba la razón a Cordelia. Las otras flores, sin embargo, fueron una victoria tal vez pequeña, pero incontestable. Los tulipanes dorados y rosados se alzaban sobre el círculo de alhelíes mucho mejor de lo que lo hacen hoy sus descendientes; sus productores no les habían inyectado aún los rojos y los amarillos, y en aquel entonces eran de un marrón más intenso y suave, el típico de los ojos marrones. Nos quedamos allí relamiéndonos del gusto.

—Oh, qué aroma, qué aroma tienen esos alhelíes —dijo mamá con un tono infantil a pesar de ser tan mayor y estar tan delgada y desmejorada. No era nuestra madre, sino

nuestra hermana, siempre daba esa sensación cuando sentía un gran placer.

Le puse el brazo alrededor de la cintura y me volvió a maravillarme lo extraña que era nuestra relación. En aquel momento ya éramos todas más altas que ella y la mirábamos desde arriba de manera protectora, igual que ella nos había mirado del mismo modo hacía no mucho tiempo. Nos sentíamos tan sorprendidas como si aquello no hubiese ocurrido antes en ninguna familia. Habría sido un momento muy feliz, pero en esa época la felicidad siempre me llevaba a su contrario. Ahora mamá tenía suficiente dinero, todas nosotras contábamos con un futuro garantizado y sabíamos que Richard Quin iba a saber cuidar de sí mismo. Éramos flores que podían crecer como el resto de las personas, hacer lo que nos diera la gana. Pero no había sido así antes de que se marchara papá, y en cierto modo era como si tuviéramos todas esas cosas precisamente a cambio de su presencia. Deseé aclararle a Dios que estaba dispuesta a renunciar a todo con tal de que papá regresara a nuestro lado. El dolor que me había provocado su pérdida ya no era tan agudo como en un primer momento, pero era otro tipo de dolor, porque delataba mi insensibilidad. Aun así, yo me aprovechaba de ella, contemplaba los tulipanes y escuchaba lo que decían las demás, consciente de que no tardaría en olvidar a papá, y eso fue lo que ocurrió.

—Tenemos que regalarnos bulbos y plantas unas a otras por Navidad y en los cumpleaños —dijo Mary—, y así llenaremos también los otros parterres.

—Seremos viejas antes de que pasen suficientes Navidades y cumpleaños como para llenarlos —respondió Cordelia, pero también ella estaba feliz, porque no había amargura en sus palabras amargas.

—No, queridas —dijo mamá—, no hace falta que os hagáis cargo, claro que tenemos que ser cuidadosas hasta que os hayáis asentado, pero incluso así me puedo permitir reservar algo para el jardín.

Llevaba tanto tiempo siendo pobre que incluso cuando decía que tenía dinero no sonaba muy segura de tenerlo. Nos pareció que Richard Quin fue un poco brusco cuando comentó:

—En ese caso reserva lo bastante como para que venga un jardinero una vez al mes en vez de esperar a que los obreros tengan que abrirse paso con hachas y machetes.

—Con franciscas —dije.

—No sé qué disparates estáis diciendo —replicó mamá—, ¿se puede saber qué son las franciscas, por el amor de Dios?

—Piensa, mamá, piensa —respondí—, no se va a la escuela para que te llenen la cabeza de datos, se va a la escuela para aprender a pensar...

—Cómo odio cuando dicen eso —replicó Richard Quin.

—¿También lo dicen en los colegios de chicos? —preguntó Mary.

—Claro que sí, es como un dialecto barriobajero que no deberíamos usar en casa, lo comparten profesores hombres y mujeres por igual —repuso Richard Quin.

—Una francisca es un hacha de guerra que usaban los francos —expliqué—. Si te hubieses parado a pensar un segundo, mamá...

—Chacachacs —dijo Mary—, espero que los obreros traigan chacachacs. Hacen un sonido muy agradable cuando cortan la hierba: chacachac, chacachac...

—Los obreros usan machetes, te lo digo yo —dijo Richard Quin. «Llevaron una docena de machetes para trocear la ballena.» Era de un libro de viajes isabelino que nos gustaba. Y continuó—: Así es, mamá, sé que piensas que es saludable que a tus pálidos hijos les dé un poco el sol.

—Todos los adultos piensan que los niños deberían crecer como alegres campesinos —dijo Mary.

—Me pregunto si fue Weber quien inventó esa expresión —dijo mamá—. Me agrada pensarla en plan *El cazador furtivo*.